



Universidad de Oviedo

Trabajo de Fin de Grado

MUJER, EXILIO Y AUTOBIOGRAFÍA

ROSA CHACEL Y MARÍA ZAMBRANO

ALUMNA: CRISTINA GALLEGO ARGÜELLES

TUTOR: JOSÉ LEOPOLDO SÁNCHEZ TORRE

GRADO EN LENGUA ESPAÑOLA Y SUS LITERATURAS

CURSO 2022-2023

JUNIO DE 2023

Índice

1. Introducción	3
2. De la Segunda República a la Guerra Civil y el exilio	4
3. Mujeres intelectuales: la generación del 27 y las Sinsombrero	8
4. El exilio y la autobiografía	14
5. Dos versiones de un mismo destino: Rosa Chacel y María Zambrano	17
5.1. Rosa Chacel en el ámbito literario español y el exilio.....	18
5.2. María Zambrano antes y después del exilio.....	25
6. La trayectoria literaria de Zambrano y Chacel tras su vuelta a España	34
7. Conclusiones	37
8. Bibliografía.....	38

1. Introducción

El propósito principal de este trabajo es el de llevar a cabo un análisis sobre la escritura en torno al exilio español, concretamente a través de las obras de dos de las muchas mujeres excepcionales que podemos encontrar a lo largo de la primera mitad del siglo XX: Rosa Chacel y María Zambrano. Obras como *Alcancía, ida* y *Alcancía, vuelta*, de Chacel, y *Delirio y destino*, *Los bienaventurados* y «Carta sobre el exilio», de Zambrano, nos brindan una visión íntima y crítica del exilio, de las vicisitudes a las que se vieron obligadas a hacer frente en dicha experiencia, que se alargó, como es sabido, durante décadas.

La selección de estas dos escritoras en concreto se debe a diversos factores: ambas pertenecieron al grupo de las Sinsombrero y tuvieron una vital importancia en el panorama literario español durante la Segunda República; también fueron amigas y mantuvieron dicha amistad incluso durante el exilio; por otro lado, compartieron un mentor común, Ortega y Gasset, y experimentaron procesos similares en lo que respecta a sus carreras artísticas, lo que se analizará con mayor detalle en el apartado dedicado a sus estrategias de expresión durante el exilio.

Antes de abarcar su estudio específico, se recordará sucintamente el contexto histórico en el que se desarrolla su obra —centrándose sobre todo en el ambiente literario español de la primera mitad del siglo XX y del papel de la mujer entonces—, se expondrá un breve comentario de las generaciones y organizaciones que fomentaron el crecimiento intelectual y los círculos en los que se desarrollaron todos estos artistas, pues todos ellos son fundamentales para comprender cómo los exiliados españoles se sintieron al tener que irse de España y cómo mantuvieron su faceta como escritores incluso en el exilio, sobre todo a través de la autobiografía, que será el aspecto literario principal a tener en cuenta para este trabajo.

Por último, a través de los escritos de Chacel y Zambrano, nos adentraremos en los sentimientos de desarraigo, nostalgia y pérdida que caracterizan al periodo del exilio. También examinaremos cómo ambas escritoras exploraron la identidad, la memoria y la construcción del sujeto en un contexto marcado por la ausencia de su tierra natal y la ruptura con su pasado.

2. De la Segunda República a la Guerra Civil y el exilio

La literatura de comienzos siglo XX —no solo la española, sino a nivel mundial también— se caracteriza por haber surgido en un contexto histórico marcado por constantes conflictos bélicos que produjeron un cambio en la mentalidad general y que llevaron al arte (y, por ende, a la literatura) a experimentar con los límites y a romper con las reglas establecidas por las corrientes artísticas presentes a lo largo del siglo anterior: romanticismo, realismo y naturalismo.

Las primeras décadas del siglo XX están marcadas por cambios constantes y por la consolidación de diversas generaciones de intelectuales. En primer lugar, surge, a finales del siglo anterior, la generación del 98, la cual se vio afectada por la crisis española tras la pérdida de las últimas colonias (Cuba, Filipinas y Puerto Rico) en 1898. En segundo lugar, tenemos a la generación del 14, formada por un grupo de intelectuales donde encontramos a Ortega y Gasset y a Pérez de Ayala. Este grupo intermedio se caracterizó por su intento de «regenerar España a través de la política y la educación» (Balaguer García, 2018: 238), y fue una generación cuyo reconocimiento se vio, por así decirlo, truncado debido al «desarrollo de la historia, no sólo la española, sino también europea, fue una generación atravesada por un conflicto desgarrador, el de la guerra» (Balaguer García, 2018: 238). En último lugar, tenemos la generación del 27, la que más nos interesa para este trabajo, con Salinas, Lorca, Alberti, Cernuda...¹. Todas ellas surgen en momentos de crisis y de sus integrantes nace una necesidad por regenerar el país a nivel cultural.

La Segunda República se proclama en España oficialmente el 14 de abril de 1931, tras unos años bajo el régimen de la dictadura de Primo de Rivera. Uno de los principales objetivos del gobierno republicano era la igualdad en todos sus niveles. Entre otros objetivos, buscaban que los españoles tuviesen acceso de manera equitativa a todo tipo de bienes, entre ellos, la educación, que hasta entonces solo había estado en manos de unos pocos, de ahí el alto nivel de analfabetismo en España. El gobierno republicano «puso en marcha un profundo plan de reforma de la educación y del fomento de la cultura que tuvo varias vertientes» (Tiana Ferrer, 2016: 90). De esta forma, se constituyó como uno de los primeros regímenes políticos que puso uno de sus principales focos de atención en la

¹ Si bien todas estas generaciones son importantes, para este trabajo solo nos centraremos en la del 27, debido en gran medida a que las Sinsombrero se incorporan dentro de la Generación del 27 ya que «al igual que sus integrantes masculinos, nacieron en un periodo comprendido entre 1898 y 1914, y tomaron Madrid como centro neurálgico» (Balló, 2016:19).

creación de un sistema educativo que permitiese instruir a toda la población al margen de la clase social y el lugar al que uno perteneciese.

En ese periodo comprendido entre 1931 y 1936 se empiezan a llevar a cabo una serie de proyectos cuyo objetivo era el de intentar que disminuyese el porcentaje de población analfabeta del país, puesto que, a principios del siglo XX, España se veía gravemente afectada:

La situación cultural y educativa de la población española, al inicio del siglo XX, era desoladora: un 40% eran analfabetos totales y la actividad política y social había propiciado una muy extendida aculturización de las grandes masas de población (San Segundo, 2022: 515).

Con la llegada de la Segunda República, se produce un aumento de proyectos destinados a la mejora del nivel cultural del país. La Institución Libre de Enseñanza o ILE, creada ya en 1876, sirve como organismo para aumentar el número de bibliotecas en España y para acabar con el analfabetismo y, junto a ella, se crea en 1931 (un mes después de la proclamación de la república) el Patronato de las Misiones Pedagógicas (Tiana Ferrer, 2016), el cual toma como referencia para su actividad a la ILE. Gracias a este patronato se consigue la creación de muchas más bibliotecas, pero una de las medidas más importantes en este periodo fue el nacimiento de las Bibliotecas Circulantes. Con ello, lo que el gobierno republicano intentaba conseguir era llevar la lectura a los lugares más recónditos del país (es decir, a las zonas rurales donde los niveles de alfabetización eran desoladoramente bajos). Por lo tanto, la labor cultural republicana estos años logró grandes resultados y la importancia del Patronato de las Misiones Pedagógicas se muestra en todas las bibliotecas que consiguieron crear entonces: «Así, en 1932 se crearon 1182, en 1933 fueron 1973 bibliotecas creadas, en 1934 el número ascendió a 2306 y en 1935 se alcanzó la cifra de más de 5000» (San Segundo, 2022: 517). Estas Misiones Pedagógicas tenían como objetivo principal el de fomentar la cultura en las zonas rurales de España:

Como puede apreciarse, las misiones se enfrentaron a una diversidad de situaciones y tuvieron que reaccionar ante ellas. La recepción osciló entre una acogida entusiasta, un recelo desconfiado y un rechazo provocado. No obstante, si hemos de creer sus palabras, la reacción posterior fue generalmente positiva, aunque las condiciones materiales de algunas localidades hicieron algunas misiones complicadas o realmente difíciles, en cualquier caso, se había puesto en marcha una de las iniciativas más originales de educación popular desarrolladas en la España del siglo XX (Tiana Ferrer, 2016: 75).

De todas formas, a pesar de lo poco que duró el periodo republicano y que todo volvió a cambiar tras la guerra, la lucha por mejorar la educación sirvió para lograr así incorporar a la mujer dentro de la sociedad española con un papel diferente al de madre y esposa. Si bien es cierto que la Ley de Educación de 1910 permite la incorporación de la mujer a la universidad y que la Segunda República sirve para afianzar esa posición a nivel educativo, la llegada de Franco y la dictadura supuso la implementación de medidas que les dificultaron el acceso a la educación superior.

En cuanto a la Generación del 27, que es la que nos interesa para este trabajo por su cercanía al conflicto de 1936 y por sus implicaciones en la Segunda República, fue una generación que tuvo que afrontar las dificultades ocasionadas por su compromiso durante la Guerra Civil (París, 2017). El régimen republicano había construido las bases de un nuevo ambiente cultural que los miembros de esta generación pudieron aprovechar (no demasiado tiempo, desgraciadamente), y se verán completamente implicados en el conflicto posterior debido a que muchos de ellos estuvieron a favor de la República. La siguiente descripción sobre la Generación del 27 explica bastante bien lo que fue y lo que significó para España durante esos años:

Es una generación acusadamente protagonista del nuevo impulso que la República está dando a la cultura. Y en esta atmósfera de calidez cultural inicia su vida intelectual una generación de jóvenes que participará en la contienda y dará sus frutos en el exilio [...]. Todo ello sin que, en este amplio movimiento, debamos olvidar la presencia de mujeres como María Zambrano o Rosa Chacel (París, 2017: 257).

Por lo tanto, se puede observar que, al margen del hecho de que no todo lo llevado a cabo por la República fuese perfecto y se cometieron errores, no se puede olvidar que el Estado republicano luchó por una mejora del país a nivel cultural que se centraba en que todos los ciudadanos tuviesen la oportunidad de estudiar, para así acabar con el alto nivel de analfabetismo. Sin embargo, el periodo del gobierno republicano fue demasiado breve y las tensiones sociales y políticas entre los ciudadanos desembocaron en el golpe de Estado protagonizado por Franco en julio de 1936 y que desembocó en la Guerra Civil:

Las izquierdas españolas que asumieron el papel en abril de 1931 no pudieron evitar un deslizamiento hacia un enfrentamiento abierto entre la facción radical (burguesía y proletariado) y la reaccionaria (burguesía que no aceptó el surgimiento del proletariado en el poder), las cuales se enfrentaron en una guerra civil que comenzó en 1936 y acabó en 1939 con la instauración de una dictadura militar (Benhamamouche, 2003:12).

Los años que duró la guerra fueron cruciales y provocaron la división del país en dos bandos enfrentados, lo que desembocó en los acontecimientos que tuvieron lugar en 1939: la salida masiva de aquellos que, durante la guerra, habían apoyado de forma activa al bando republicano, convirtiéndose entonces en exiliados; y los que se quedaron en España, tanto los partidarios del régimen como los que no tuvieron la oportunidad de salir a tiempo del país.

En lo referido a la literatura, autores de ambos bandos usaron las revistas y periódicos durante el conflicto para hablar y hacer propaganda política, la cual fue una de las armas principales de los intelectuales de la época, y estos se dividieron también en los respectivos bandos enfrentados: el periódico *ABC*, adoptado por los católicos y falangistas, y con autores de renombre como Eugenio d'Ors o Julio Camba, entre otros muchos. Por otro lado, en el bando contrario, *Hora de España* fue uno de los medios utilizados por artistas como Rafael Alberti, María Zambrano, María Teresa León, Miguel Hernández...

La participación en uno y otro bando determinó, posteriormente, el destino de los siguientes años: todos aquellos que actuaron de forma activa durante el periodo republicano y la Guerra Civil sufrieron múltiples consecuencias, entre ellas, el exilio. Por otra parte, España se convierte en un país gobernado por un dictador que se caracteriza, ante todo, por el carácter autoritario, represivo y controlador que acabó con todo aquello que se había construido durante la Segunda República:

El franquismo aspiraba a liquidar los elementos políticos, culturales y sociales que habían posibilitado el surgimiento del régimen republicano en abril de 1931 y poner fin al arraigo de las ideas democráticas y revolucionarias. Era un régimen que respondía a los intereses generales de los vencedores sociales de la guerra civil: de las clases dominantes del campo y de las ciudades. Por ello, el régimen antidemocrático organizado por los vencedores de la guerra pretendía restaurar el orden social conservador y el predominio social y económico de las burguesías tradicionales y esto pasaba, en primer lugar, por la derrota y la destrucción total de sus principales antagonistas políticos e ideológicos (De Riquer, 2010: 15).

3. Mujeres intelectuales: la generación del 27 y las Sinsombrero

Se ha expresado en el apartado anterior que la llegada de la Segunda República a España supuso el inicio de un cambio hacia la mejora general del país. Si bien es cierto que el nuevo gobierno republicano favoreció el acceso de las mujeres a la educación, aún quedaba mucho camino por delante, ya que la sociedad de las primeras décadas del siglo XX todavía consideraba que el papel de la mujer era el de ama de casa, esposa y madre: «Durante el primer tercio del siglo XX la situación de las mujeres en España refleja su posición secular subordinada y dependiente, y su consideración de inferioridad en los terrenos jurídico, social, etc.» (Muñoz López, 2006: 97).

Además de la República en España, la mejora de la mujer en el mundo tuvo que ver también mucho con los movimientos sufragistas de Inglaterra y Estados Unidos y, más adelante, con que la Segunda Guerra Mundial provocase una escasez de hombres en los puestos de trabajo debido a que ellos habían tenido que ir a la guerra, creando así una mujer que «emergía como un nuevo ser, cosmopolita, independiente y creativa, al tiempo que irrumpía en la esfera pública» (Balló, 2016: 23). En consecuencia, son las mujeres las que adoptan y adquieren el papel de trabajadoras que les hizo dar ese primer paso hacia la mejora de su situación en la sociedad.

De nuevo en España, durante este breve periodo republicano, a pesar de que la mentalidad española no cambió demasiado en este aspecto (el sector más católico y conservador se oponía a esta nueva mentalidad que comenzaba), las medidas creadas para la mejora a nivel legislativo, educativo y laboral sirvieron para abrirles el camino y darles nuevas oportunidades.

Sin embargo, como se ha dicho antes, el periodo republicano fue demasiado corto como para hacer mella la mentalidad de todo el país y la llegada de la Guerra Civil supuso un golpe en todas estas libertades, sobre todo en todas aquellas que tenían que ver con los nuevos derechos que las mujeres habían adquirido. Durante la guerra, las mujeres se manifestaron en los periódicos y las revistas, expresaron su desacuerdo con el bando fascista, el cual buscaba acabar con todo lo que se había conseguido en cuestión de derechos y libertades durante los años anteriores, lo que acabó ocurriendo cuando, en 1939, ganó finalmente la guerra: «La victoria del Régimen franquista tras la Guerra Civil, supuso un retroceso en relación a las conquistas que las mujeres habían realizado en los terrenos social y laboral durante la Segunda República» (Muñoz López, 2006: 103). Una de las

muchas medidas llevadas a cabo por el nuevo régimen fue la de separar a mujeres y hombres en el ámbito educativo, y se relegó nuevo de nuevo a la mujer al papel de ama de casa basándose en los ideales católicos que emergieron con mayor fuerza, y con organismos como la Sección Femenina de la Falange, liderada por Pilar Primo de Rivera, se llevó a cabo una gran labor de reestructuración:

Del adoctrinamiento de las mujeres en estos principios, así como de encauzar las actividades de las mujeres en los parámetros admitidos como adecuados para ellas, siempre relacionados con el cuidado del ámbito doméstico y de la familia: las labores de costura o bordado, o el mantenimiento de actividades artesanales y tradiciones populares (Muñoz López, 2006: 104).

Es decir, se retomaron esos antiguos roles, pero no todas las mujeres sufrieron el mismo destino, sino que muchas pertenecientes a la clase alta no perdieron las oportunidades de acceder a actividades de índole artística, siempre y cuando se tratase de un pasatiempo, no de una profesión.

La unión de Franco y de la Iglesia Católica (que durante la Segunda República había perdido poder de forma considerable y que había aprovechado la guerra para recuperar dicho poder), provocó un retroceso de décadas en la consideración de las mujeres, las cuales quedaron relegadas a una segunda categoría de ciudadano, por debajo de los hombres. El Fuero del Trabajo, de 1938, y la derogación de las leyes de igualdad impuestas por el gobierno republicano las obligó definitivamente, a través de la ley, a volver a casa.

La generación del 27 estuvo formada por un grupo de intelectuales y escritores y artistas que produjeron algunas de sus obras más notables antes del estallido de la Guerra Civil y que compartían características en común: todos habían nacido con pocos años de diferencia entre ellos, tenían formaciones similares y se organizaban alrededor de los mismos organismos o espacios madrileños, como el Café Gijón, el Ateneo, la Residencia de Estudiantes...

Fue la generación de autores consagrados en la historia como Federico García Lorca, Rafael Alberti, Luis Cernuda, Dámaso Alonso o Jorge Guillén entre muchos otros, pero también es la generación donde encontramos a mujeres de relevancia como María Teresa León, Maruja Mallo, Margarita Manso, Rosa Chacel o María Zambrano. Todos ellos «nacieron en un periodo comprendido entre 1898 y 1914, y tomaron Madrid como

centro neurálgico, donde la mayoría residieron, estudiaron y desarrollaron su personalidad artística» (Balló, 2016: 19).

Las mujeres mencionadas, junto con otras muchas más, fueron denominadas como las Sinsombrero, en aquel momento, con un sentido peyorativo debido a que las asociaban con un acto llevado a cabo por Maruja Mallo y Margarita Manso en la Puerta del Sol un día que iban junto a Federico García Lorca y Salvador Dalí y que Mallo relata así:

Un día se nos ocurrió a Federico, a Dalí, a Margarita Manso, que era estudiante (sic) de Bellas Artes, y a mí quitarnos el sombrero porque decíamos parece que estamos congestionando las ideas, y atravesando la Puerta del Sol nos apedrearon llamándonos de todo... ahhh, nos llamaron maricones por no llevar sombrero, se comprende que Madrid vio en eso como un gesto rebelde y por otro lado narcisista... Yo me acuerdo que salía de mi casa con mi abrigo de piel de nutria y salían al balcón a ver si era verdad que yo no llevaba sombrero llevando nutria... (en Balló, 2016: 17).

La Segunda República había propiciado que todas ellas pudiesen convertirse en artistas de pleno derecho, pero todavía quedaba un grave problema al que debían enfrentarse día a día: el pensamiento conservador y patriarcal, que se negaba a ver su talento y que consideraba ese nuevo aspecto femenino como una depravación de la naturaleza debido que se alejaban del ideal de mujer mansa y dócil que los conservadores buscaban. Este contexto compartido, en el que todas tenían que luchar por hacerse un hueco en la sociedad, hizo que todas colaborasen como compañeras a pesar de las diferencias de opiniones:

La anquilosada mente de una sociedad patriarcal, que quería y temía a la vez la modernidad, fue su máximo enemigo. Seguramente por ello, la colaboración entre mujeres de distintas generaciones que convivieron durante las décadas de 1920 y 1930 fue muy estrecha, a pesar de no coincidir en muchos aspectos (Balló, 2016: 25)

Al igual que los integrantes masculinos de la generación del 27, ellas también contaron con sus propios espacios (lugares donde solo participaban mujeres y donde podían hablar abiertamente de sus intereses por la lucha de la mujer), como la Residencia de Señoritas, la Asociación Universitaria Femenina o el Lyceum Club (Balló: 2016). Todos estos lugares se convirtieron en los puntos de encuentro donde socializaban entre ellas y donde muchas amistades se forjaron, aunque fue el Lyceum Club el lugar de encuentro más relevante y, a su vez, uno de los que más críticas recibió, ya que fue considerado «el hogar del diablo» y sus integrantes fueron consideradas «ateas, excéntricas y desequilibradas, entre otras lindezas» (Balló, 2016: 29), lo que refuerza la idea de que, a pesar de

que el panorama nacional favoreció el cultivo artístico de estas mujeres, todavía tenían que enfrentarse a estas cuestiones de desprecio y de machismo por parte de una sociedad que no estaba del todo preparada para ellas. Aunque no solo se reunían en estos espacios destinados solo para mujeres, sino que sus relaciones con los hombres de la generación del 27 iban mucho más allá: existieron matrimonios entre ellos, como en el caso de María Teresa León y Rafael Alberti, y grandes amistades como la ya mencionada entre Maruja Mallo, Margarita Manso, Federico García Lorca y Salvador Dalí (Bianco, 2018).

Además de estos lugares de encuentro, todas ellas compartían un interés por la lectura y un deseo de estudiar, de ahí que la mayoría de ellas cursasen estudios universitarios o hubiesen intentado acceder a ellos (por ejemplo, Rosa Chacel, quien tuvo que estudiar parte de su vida en casa debido a problemas de salud). Ese sentimiento en común de saber que lo que habían logrado al acceder a los estudios las convertía en un pequeño grupo minoritario las unió todavía más. Además, en la mayoría de los casos, también procedían de familias bien acomodadas o vinculadas con el mundo artístico, lo que favoreció su formación cultural y su vocación.

Durante la Guerra Civil, la mayoría de ellas salieron junto a sus compañeros con una doble causa: la de defender sus libertades y derechos. Es por eso por lo que las podemos ver en las milicias luchando junto a los hombres. Un claro ejemplo lo vemos en cómo María Zambrano formó parte de del Batallón de Hierro como miliciana de cultura en agosto de 1936 (Balló, 2018), pero también vemos el reclutamiento de mujeres en las Milicias Populares Antifascistas. Es decir, la presencia política de estas durante la Guerra Civil no se resume solo en las acciones propagandísticas, sino también en la lucha junto a sus compañeros republicanos.

En cuanto a sus destinos, tras el final de la Guerra Civil, muchas de ellas acabaron en el exilio a consecuencia de sus implicaciones políticas durante el enfrentamiento. Rosa Chacel pasó varias décadas en Río de Janeiro, María Zambrano viajó por varios puntos de Europa y América (Francia, Italia, Puerto Rico, Cuba, Chile...), Ernestina de Champoucin y Concha Méndez en México y Cuba... Muchas de ellas pudieron continuar su labor literaria en el exilio, pero otras no corrieron esa suerte. En la mayoría de los casos, los problemas económicos o las pocas posibilidades de publicar fuera de España provocaron que muchas de ellas volvieran a los hogares, dejando atrás esta trayectoria artística. Por otro lado, en cuanto a los espacios que habían compartido, fueron clausurados y prohibidos tras el final de la guerra, como fue el caso del Lyceum Club Femenino, que pasó de

ser uno de los lugares de encuentro más representativos para este grupo a ser clausurado en 1939 y convertido en el Club de Medicina, tras ser ocupado por la Falange (Balló, 2016).

No solo las mujeres quedaron relegadas al olvido tras la guerra, sino que «durante los cuarenta años de dictadura que siguieron a la Guerra Civil, gran parte de los ilustres nombres de aquellos jóvenes intelectuales y artistas que protagonizaron ese *boom* de libertad y creatividad, que culminó con la proclamación de la Segunda República (1931-1939), fueron silenciados» (Balló, 2016: 17).

En cuanto al olvido de las Sinsombrero, este se debe a varios factores, entre ellos la invisibilidad histórica de las mujeres y la persistencia de prejuicios de género en la cultura española de la época. Durante los primeros años del siglo XX, la sociedad española todavía mantenía una concepción arraigada del rol que tenía que asumir la mujer, el cual se limitaba al ámbito doméstico, sin permitirles tener una presencia pública significativa.

A pesar de esto, muchas mujeres desafiaron estas expectativas y contribuyeron al mundo de las artes y las letras, pero sus logros fueron a menudo minimizados o ignorados por la sociedad de la época. Además, la Guerra Civil y la dictadura franquista tuvieron un efecto devastador en la cultura y la educación en España, lo que también contribuyó a la desaparición de la memoria histórica de las mujeres que lucharon por una sociedad más justa y equitativa.

Es decir, el contexto histórico español provocó dicho olvido, sobre todo porque el régimen antidemocrático de Franco supuso la imposibilidad de que el nombre de estas mujeres quedase registrado en la historia de España durante esos años; pero el problema también se encuentra en el hecho de que, tras el final del franquismo, muchas de ellas (que habían tenido que adoptar durante todos esos años el papel de ama de casa) no consiguieron encauzar sus respectivas carreras literarias:

Pero, por desgracia, para entonces la mayoría de ellas está fuera de la dinámica literaria, sus nombres no son conocidos, y aunque su talento no ha desaparecido —me atrevo a decir todo lo contrario, resulta mucho más maduro y contenido—, su voz, su mirada, su pluma no encuentran el lugar ni el reconocimiento deseado. Y eso les sucede tanto a aquellas que se quedaron en el exilio como a las que decidieron regresar a España (Balló, 2022: 166).

Por otro lado, otro aspecto a tener en cuenta es que muchas de ellas pasaron a ser mencionadas en la historia por ser las mujeres de algunos de los integrantes más conocidos e influyentes de la generación del 27. Este es el caso de Rosa Chacel, como la mujer de Timoteo Pérez Rubio, o María Teresa de León, casada con Rafael Alberti, entre otras muchas. Junto al contexto histórico, este es otro elemento a tener en cuenta en la gestación del olvido de todas estas mujeres cuyos nombres suelen ser mencionados en segundo lugar, después de sus respectivos maridos. Respecto al suceso del olvido de las Sinsombrero, Tània Balló lo resume de la siguiente manera:

Hay muchos factores. Algunos son de carácter genérico: cultural patriarcal, androcentrismo histórico, etc. Otros tienen que ver con la naturaleza de cada grupo y época. En el caso de las mujeres intelectuales y artistas españolas de la primera mitad del siglo XX, no hay duda de que la situación política y social vivida a partir de 1939 no ayudó a consolidar ni a perpetuar la autoría de estas mujeres, ni en el caso de las que quedaron en España —por las restrictivas normas de conducta impuestas por el régimen de Franco— ni tampoco en el de las que se vieron obligadas a partir al exilio, donde la imperiosa necesidad de adaptarse a una nueva patria y a sus costumbres las sumergió en una rutina doméstica y en una dura lucha por la supervivencia económica que, poco a poco, fue alejando la posibilidad de una vida dedicada de lleno a la producción artística y literaria (Balló, 2022:165-166).

Si bien es innegable que, en el caso de María Zambrano, esta tendencia al olvido no ocurre debido a su constante presencia en el mundo artístico incluso cuando se encontraba en el exilio, en el caso de Rosa Chacel sí podemos evidenciar cómo las consecuencias de la dictadura favorecieron al paulatino olvido que se produce durante todas las décadas que residió en Río de Janeiro. A pesar de que Chacel continuó trabajando como escritora durante ese periodo, su nombre no llegó a alcanzar el reconocimiento en España hasta después de la muerte de Franco, debido en gran parte a que el país logró al fin abrir las puertas a la publicación de todas aquellas obras escritas por los exiliados españoles en el extranjero.

La recuperación de la memoria de las Sinsombrero y su legado ha sido posible gracias a un proceso de reivindicación histórica y cultural que busca reconocer el papel fundamental que las mujeres han desempeñado en la construcción de la sociedad española. Este proceso es parte de un movimiento más amplio por la igualdad de género y la justicia social en España y en todo el mundo. El hecho de que actualmente existan libros

destinados únicamente a hablar de las Sinsombrero, como es el caso de los tres volúmenes escritos por Tánia Balló formado por *Las Sinsombrero. Sin ellas la historia no está completa*, *Las Sinsombrero 2. Ocultas e Impecables* y *No quiero olvidar todo lo que sé*, junto con los documentales estrenados en TVE entre 2015 y 2019 que siguen el hilo de los libros, da cuenta de cómo este trabajo de recuperación comienza a obtener sus frutos y de cómo es posible que, en un futuro, el nombre de todas ellas esté en los libros de historia al mismo nivel que el de sus compañeros de la generación del 27.

4. El exilio y la autobiografía

La victoria del bando franquista en 1939 supuso el exilio de una buena parte de la población española hacia dos focos principales: Francia y Latinoamérica (principalmente México). El bando perdedor de la guerra marchó hacia el exilio de forma masiva ante el miedo a las consecuencias por haber apoyado la causa republicana, y fue un hecho trascendental en la historia de nuestro país:

El éxodo de finales de enero a principios de febrero de 1939 condujo al Departamento francés de Pirineos Orientales a un contingente de la población que se sitúa en torno a las 465.000 personas. Su procedencia geográfica era muy diversa con un predominio de catalanes y aragoneses, también se daba una diferenciación social y profesional y en cuanto a la adscripción política, era todo un colectivo el que se veía obligado a exiliarse, pues, junto a los restos de un ejército en derrota, a los dirigentes políticos, a los cuadros de la administración republicana; iban mujeres, niños, ancianos... (Alted, 1997: 230).

A pesar de que la primera parada de gran parte de esta población española fue Francia, pronto muchos tuvieron que retomar el exilio hacia Latinoamérica por varias razones: por un lado, la amenaza de la Segunda Guerra Mundial, que suponía un peligro para todos los países europeos; por otro lado, la respuesta de Francia ante los problemas económicos que estaba sufriendo a causa de la guerra y de la llegada de tanta población. Debido a esto, el gobierno francés dio la opción a la población española de buscar otro destino para el exilio o la repatriación a España y, en algunos casos, muchos ni siquiera tuvieron la oportunidad de elegir y fueron devueltos al país del que se habían ido a pesar de lo que eso suponía.

Los que sí tuvieron la oportunidad de elección marcharon hacia Latinoamérica, y México fue el país que más españoles acogió, «unos 22.000 entre 1936 y 1948» (Alted, 1997: 231). A pesar de la buena acogida que tuvieron en Latinoamérica en la mayoría de

los casos, todos estos exiliados se vieron ante un nuevo panorama: la distancia respecto a sus hogares y a su patria provocó que muchos de ellos optasen por una escritura de estilo autobiográfico, donde ellos mismos se convierten en protagonistas, narran su vida en el exilio y escriben ensayos en los que reflexionan sobre esta experiencia, tal y como veremos en los diarios de Rosa Chacel y en las obras elegidas de María Zambrano. Por otro lado, las mujeres sufrieron un destino aún más cruel debido a que, en la mayoría de los casos, se vieron obligadas a retomar las labores del hogar a causa de que la situación y el contexto ante el que se encontraron ya no era el idóneo para continuar con sus carreras cuando existían otros problemas. Sin embargo, a pesar de retomar las costumbres patriarcales, su papel siguió siendo fundamental:

Fueron ellas quienes trataron de recomponer en modestos hogares, alquilados en su mayoría, en pensiones o en pisos compartidos; el mundo que habían perdido. Ellas preservaron la lengua, la cocina, las costumbres de su país y a su vez, de forma natural y callada, incorporaron los hábitos del país de acogida. Fueron pieza clave en el proceso de integración de los hijos, a la vez que hacían más llevadero el sentimiento permanente de provisionalidad, el obligado exilio sin fin de los hombres (Alted, 1997: 233).

Es curioso comprobar cómo las circunstancias de la historia cambian la situación de la mujer: por un lado, la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) produjo la llegada de la mujer trabajadora. Por otro lado, el exilio español supuso un retroceso en ese aspecto en la mayoría de ellas, que tuvieron que renunciar a sí mismas por el bien de sus familias. Ejemplos de lo contrario, o al menos de personajes femeninos que siguieron en ambos mundos (el de ama de casa y el de artista), fueron, precisamente, Rosa Chacel y María Zambrano. En el caso de Chacel, su vida en el exilio entre Río de Janeiro y Buenos Aires le permitió seguir con su obra artística y llega a publicar *Memorias de Leticia Valle* en 1945 o *La sinrazón* en 1960, por lo que el exilio no le quitó la oportunidad de seguir escribiendo a pesar de que sí sufrió constantes penalidades económicas. En cuanto a María Zambrano, sus años en el exilio son convulsos, con alternancia de lugares a lo largo de Europa y Latinoamérica. De esta forma, podemos encontrarla en México, La Habana, Puerto Rico, París, Cuba, Roma... Nunca dejó de moverse y, con ella, siempre presente su hermana Araceli, la cual estuvo a su lado hasta que finalmente murió en 1972, dejándola con un enorme vacío debido a la íntima relación que había entre ellas. En cuanto al ámbito laboral, Zambrano impartió conferencias, escribió libros, dio clases..., es decir, no se apartó de su trayectoria cultural e intelectual como otras muchas tuvieron que hacer.

El fenómeno del exilio es quizás uno de los momentos más trágicos de la historia contemporánea del país y, como ha ocurrido a lo largo del tiempo ante un hecho de semejante trascendencia, todas las disciplinas artísticas actúan en respuesta ante ello. Es por eso por lo que, a partir de 1939, surge una literatura en el exilio que se caracterizó, por un lado, por la presencia constante de la figura del exiliado como protagonista y, por otro lado, por una recurrente tendencia a la autobiografía. Esto se debe a que se habían convertido en víctimas que podían «ofrecer un testimonio basado en la descripción de lo vivido como en las sensaciones generadas por todo lo sufrido y convertir su obra en un ejercicio de memoria ejemplar» (Sánchez Zapatero, 2009: 2).

El deseo de hablar de lo vivido, tanto dentro de España durante la guerra como fuera, ya lejos del hogar y de la patria, se convierte en la herramienta que todos ellos utilizaron para expresarse y, como arma contra el régimen franquista desde la distancia, como la única alternativa que encontraron para seguir luchando. El exiliado (tanto hombre como mujer) se convierte entonces en un ser que se siente que ha perdido su hogar y considera que el único espacio de seguridad que posee se encuentra en la palabra, el idioma que comparte con el pueblo que ha tenido que dejar atrás. Con ello, el relato autobiográfico acaba adquiriendo una gran importancia durante este periodo:

Por eso la autobiografía ocupa un lugar destacado entre las obras de los exiliados, porque todo testimonio de una vida implica, más que una mimética reproducción de unos acontecimientos históricos, la formación de una nueva identidad del sujeto creador a través de múltiples identidades anteriores [...]. Además de en los textos autobiográficos, los recuerdos de los exiliados son reflejados en las novelas en las que aparecen de forma sistemática muchas de las obsesiones típicas de quien vive alejado forzosamente de su patria (Sánchez Zapatero, 2009: 6-9).

Por ello, no es de extrañar que se den, de manera generalizada, protagonistas exiliados en las novelas, como una forma que los autores tenían de expresar lo vivido desde otro punto de vista. De esa forma, Rosa Chacel, en los dos tomos de *Alcancía* narra su exilio desde un punto más centrado en su día a día y en los problemas que atraviesa a lo largo de los años mientras vive en Río de Janeiro. En cuanto a María Zambrano, ella sí destinó más tiempo a hablar del exilio y de la figura del exiliado. Aunque nos adentraremos en este asunto con mayor profundidad en su correspondiente apartado, adelantaremos que María Zambrano escribe varias obras sobre su exilio como, *Delirio y destino*, *Los bienaventurados*, o «Carta sobre el exilio», que sirven de ejemplo para comprender la

trascendencia de este fenómeno del cual ella testimonió desde su propia experiencia personal: «Y luego, luego, la insalvable distancia y la incierta presencia física del país perdido. Y aquí empieza el exilio, el sentirse ya al borde del exilio» (Zambrano, 2004: 32).

Como ya hemos explicado, la escritura (en cualquiera de sus géneros) se convierte en la única arma que los exiliados pueden usar:

La lengua del exilio, el habla, tanto si se cambia de espacio físico como si no, se suele ver afectada llegando algunos autores a variar la usada como forma de expresión de sus obras. El más extendido tópico es el de la lengua materna como la patria del exiliado. Lo único de su patria que ha llevado con él (Garrido, 2011: 14).

La opción de volver a España y luchar por lo que perdieron durante la guerra no es posible, sobre todo ante el panorama general de Europa con la Segunda Guerra Mundial. La autobiografía se convierte en el medio de confesión, donde autores y autoras expresan sus miedos, desilusiones, opiniones y vivencias durante la experiencia, como veremos con claridad en Rosa Chacel a través del diario, mientras que en María Zambrano observaremos un carácter más reivindicativo con una necesidad de llegar a las masas y de proclamar lo que el exilio supone para el ser humano.

5. Dos versiones de un mismo destino: Rosa Chacel y María Zambrano

María Zambrano y Rosa Chacel crecieron y se educaron en una época en la que surgen «importantes movimientos críticos a la razón cartesiana, la cual, a causa de su interpretación lógica de la realidad y del ser, no contempla al hombre en su individualidad concreta, como sujeto de su existir particular» (Calvo Sebastián, 1994: 121), y que son pensamientos que se verán en las obras de ambas escritoras, aunque con más ahínco en María Zambrano, cuya trayectoria literaria tiende en mayor medida a lo filosófico.

Existen múltiples similitudes entre ambas escritoras, como el hecho de frecuentar los mismos círculos intelectuales (Ateneo de Madrid y Residencia de Estudiantes), la influencia de las ideas filosóficas de Ortega y Gasset en sus obras, la experiencia de las mismas circunstancias históricas, así como el destino compartido tras la Guerra Civil española: el exilio. A pesar de que tomaron caminos diferentes y sus vidas presentan notables diferencias, ambas comparten la necesidad de explorar la autobiografía, una característica que podrá observarse con toda claridad en las obras elegidas para el análisis de la experiencia en el exilio.

Si bien es cierto que las dos fueron discípulas de Ortega y Gasset, cada una de ellas siguió su propio camino: Chacel se destacó por cultivar diversos géneros literarios, incluyendo cartas, diarios, novelas y ensayos, entre otros; por su lado, Zambrano se enfocó en la filosofía y propuso una «razón poética como alternativa al racionalismo» (Cordero Gamboa, 2021: 133).

5.1. Rosa Chacel en el ámbito literario español y el exilio

Al igual que muchos de la Generación del 27 y las Sinsombrero, Rosa Chacel (1898-1994) disfrutó del beneficio de nacer en una familia acomodada que le brindó acceso a oportunidades que contribuyeron a su formación como destacada escritora. Es importante subrayar que, además, Chacel contaba con una conexión familiar notable, siendo sobrina nieta de Zorrilla, lo que le permitió estar presente desde temprana edad en el mundo literario español.

Aunque Rosa Chacel disfrutó de la ventaja de contar con una considerable formación, lo que era un privilegio para muchas otras personas, sus problemas de salud la obligaron a recibirla en el hogar, impartida por su madre. Chacel inició su trayectoria artística en la escultura y, a los diecisiete años, en 1915, ingresó en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, donde conoció al que acabaría convirtiéndose en su futuro esposo: Timoteo Pérez Rubio. Sin embargo, esta experiencia artística no duró mucho, debido a varios factores. En primer lugar, las condiciones precarias del lugar de estudio, pues las clases se realizaban en sótanos, empeoraron su salud. En segundo lugar, su estilo no se alineaba con las nuevas formas que comenzaban a surgir a principios del siglo, lo que dificultó su integración en el ambiente artístico de la época.

Chacel, como escritora española en aquel momento, siguió el ejemplo de sus compañeros, por lo que solía frecuentar los lugares de reunión de gran importancia para este colectivo, como el Ateneo de Madrid y la Residencia de Estudiantes. Además, participó activamente en diversas publicaciones literarias, entre las que se encuentran *La Esfera*, *Revista de Occidente*, *Hora de España* o *La Gaceta Literaria*. Chacel fue una de las discípulas más cercanas del filósofo José Ortega y Gasset, quien la ayudó a desarrollar su pensamiento y su estilo literario. A pesar de ser su discípula, la relación entre ellos no llegó a ser del todo amistosa con el paso de los años, debido, en gran parte, a que habían manifestado discrepancias en algunos asuntos sobre los que habían opinado de forma

pública: «Chacel se mantiene siempre en una relación de respeto hacia él, pero nunca de amistad» (Trapenese, 2015: 98).

Una de las características fundamentales de la figura de Chacel, cuyo valor radica en su relevancia para la comprensión de la tonalidad empleada en *Alcancía*, es su distanciamiento de la generación literaria a la que pertenecía, así como su aprecio por la privacidad. Este rasgo particular ha generado una cierta incompreensión y vacilación entre sus contemporáneas, quienes no han sabido con claridad cómo juzgar la figura de Chacel, tal y como expresa Ernestina de Champourcín en una carta de 1928 destinada a Carmen Conde: «Rosa Chacel sigue siendo un misterio. El club femenino la invitó a sus conferencias y ni siquiera contesta. Dicen que es antifeminista y enemiga del Lyceum, lo que no va muy bien con su estilo literario, bastante avanzado» (Champourcín en Balló, 2016: 216).

A pesar de las discrepancias existentes con respecto a sus compañeras generacionales, Chacel compartía con ellas la conciencia de que el mundo cultural en el que se desenvolvía estaba dominado por hombres. Sin embargo, esto no la detuvo en su camino, ya que ella «no consideraba que su condición de mujer fuera un obstáculo, no lo entendía ni lo permitía» (Balló, 2016: 218) y, como ella, todas las Sinsombrero, pues una de las características principales de todas estas mujeres fue su fuerza para luchar contra los ideales patriarcales de la época, los cuales impedían que la sociedad las viese como artistas al mismo nivel que a los hombres.

Finalmente, en 1937, Rosa Chacel se marchó de España hacia París y luego emprendió el viaje hacia Latinoamérica, para no volver a España hasta 1973.

Chacel se «nutre de sus propias vivencias», de modo que «el autobiografismo es el hilo de plata que une, dándole un sentido global, cada una de sus obras, de manera que ni una sola pieza puede extraerse de la laberíntica construcción que es la literatura de esta autora» (Morán, 2006: 417). Es decir, a diferencia de Zambrano, Chacel aborda de forma más directa la necesidad de dejar por escrito todo lo que se vivió durante los años lejos de España, aunque fuese desde una perspectiva más distante, en el sentido de que no se refirió al exilio como tal, sino que se tomó todos aquellos años como un destino que le había tocado vivir.

Durante el periodo en el que se escribieron los dos tomos de *Alcancía*, Rosa Chacel muestra en sus diarios un sinfín de sentimientos y de pensamientos que, en la mayoría de

los casos, suelen estar muy relacionados con el ámbito literario y con el acto de creación artística. Los diarios sirven en este caso como un instrumento que le permite no abandonar la escritura y mantener la voluntad creadora. A pesar de que hace muchas referencias al hecho de que no tiene realmente claro cuál es el objetivo de su trabajo, sí que sabe con certeza que uno de sus propósitos es el de dejar testimonio de lo vivido, un aspecto que la caracteriza y que se corrobora con obras como *Desde el amanecer* (1872), *Timoteo Pérez Rubio y sus retratos del jardín* (1980) o *Estación, ida y vuelta* (1930), la cual es, junto con *Alcancía*, una muestra más de la propensión autobiográfica que caracterizó la obra de Rosa Chacel, ya que es una obra donde narra su vida desde su infancia y adolescencia hasta la llegada de la Segunda República:

Creo que yo tuve siempre aversión a la idea de escribir un diario porque me parecía imposible ceder al dictado de la casualidad. ¿Cómo escribir sobre cosas que no se han meditado, que caen en chaparrón, sobre las cosas que estábamos meditando y nos tuercen el rumbo, nos vuelven del revés o nos dejan en blanco? Ahora he llegado a comprender que la gracia del diario está en eso (Chacel, 1994: 91).

El primero de estos dos tomos, *Alcancía, ida*, comienza su relato el 18 de abril de 1940, cuando ella se encuentra en Burdeos a punto de marchar de Europa, y lo hace con un ánimo bastante sombrío, donde la desilusión se hace patente: «Mi adiós a París ha sido el primer adiós de mi vida: probablemente porque es mi primer adiós a la vida» (Chacel, 1994: 11). Si bien es cierto que la siguiente entrada no se escribe hasta el 23 de enero de 1952, el resto del diario es relativamente constante, a excepción de algún pequeño parón donde la autora parece no saber muy bien sobre qué hablar o no se siente lo suficientemente inspirada como para hacerlo:

No sé por qué hay días que tengo ganas de escribir en este cuaderno y no lo hago, por cualquier motivo, y otros que, como hoy, no tengo ganas y, sin embargo, me pongo a escribir. [...] Cuando he dejado pasar ocho días sin escribir aquí es porque he caído en una de las dos imposibilidades, o en las dos. Una es la que tanto he comentado: no puedo escribir porque no puedo hablar de lo que me está impidiendo respirar. Otra es: no puedo hablar de las cosas que me pasen, sin hablar del prójimo, y de estas no quiero hablar (Chacel, 1994: 57-295).

Un aspecto relevante a lo largo de los dos tomos de *Alcancía* es el tono utilizado por Chacel. Debido a que su vida en Río de Janeiro es, por así decirlo, una imposición que surge tras los sucesos posteriores a la Guerra Civil, el contexto que le toca vivir de

forma obligatoria la lleva a experimentar un estado de ánimo que en la mayoría de los casos se puede definir como lamento, tristeza o desilusión constante hacia la vida que le ha tocado vivir en Río de Janeiro, destino que elige por la cercanía a Argentina, la cual «está a favor de la acogida de inmigrantes europeos que contribuyan al desarrollo del país, pero considera que “el indeseable, el expulsado, el refugiado político, el refugiado racial que huye de Alemania, de Austria, de Italia, de España, no es un inmigrante”» (Martínez, 2007 en Houvenaghel, 2020: 81), a lo que hay que sumar los constantes problemas económicos que marcaron la base de su vida durante el exilio y que expone en sus diarios con bastante frecuencia:

Bueno, en todo este tiempo han llovido actividades: nada me interesa porque nada de ello ha resuelto mi situación económica. Por supuesto, he podido seguir tirando pero sacrificando mi trabajo íntegramente. [...] Después de almorzar estuve hablando con Timo de lo de siempre, dinero. Lo angustioso es que seguir trabajando para obtener la pequeña ganancia cotidiana no nos sirve de nada (Chacel, 1994: 70-94).

A lo largo de los dos tomos que componen esta obra de exilio, Rosa Chacel habla de su día a día de una forma bastante monótona: comenta lo que ha hecho durante todo el día, a quién ha ido a visitar, lo que ha visto y que le resulta interesante... Se centra constantemente en el presente y en lo que siente (aunque también encontramos entradas en los diarios en las que la incertidumbre hacia el futuro la agobia), sin entrar en demasiados detalles en lo relativo a su pasado y a su vida en Europa antes de tener que partir hacia Río de Janeiro en 1940. El tema más recurrente en toda esta obra, además de lo económico, es lo relativo a su trabajo literario, ya sea hablando de las traducciones que tiene que hacer, ya de su colaboración en periódicos y revistas como *Los Anales de Buenos Aires*, *Realidad* y *La Nación*, o de sus libros: «*Leticia*, que hasta hace poco he estado creyendo perfecta, le he descubierto un detalle de mal gusto que, si alguna vez llego a reeditarla, lo corregiré» (Chacel, 1994: 23). Cabe recordar que entre sus obras más importantes durante este periodo encontramos *Teresa* o *Memorias de Leticia Valle*, publicadas en 1945 y 1952 respectivamente, y *La sinrazón*, en 1961, por lo que su periodo en el exilio no impidió que su trayectoria continuase. A pesar de que su mayor reconocimiento lo encontramos a partir de 1970, su pasión por la escritura y por su trayectoria literaria no desaparece en ningún momento.

Esa necesidad de Chacel por intentar convertir su obra en algo perfecto la lleva a obsesionarse con ello en ocasiones. Además, se siente estrechamente vinculada con lo

que escribe, ya sea en los diarios o en el resto de las obras: «Si a los numerosos defectos de mis libros se añade el de que son míos, queda explicada la oscuridad que se hace sobre ellos, porque quien no tiene nada que hacer en el mundo actual soy yo» (Chacel, 1994: 24).

La vida de Chacel es un constante tiovivo de emociones que surgen de todo aquello que la rodea: la relación que tiene con su marido Timoteo (del que apenas menciona nada relacionado con las intimidades matrimoniales), la preocupación constante por no recibir a tiempo noticias de su hijo Carlos, la nostalgia hacia España y Europa en general debido que en Río de Janeiro no logra encontrar su lugar, la desesperación que siente hacia todas las responsabilidades que tiene y sus tareas del hogar. Junto a todo esto, se le suma la sensación de soledad constante que le provoca sentimientos contradictorios: por un lado, se siente cómoda con su intimidad, pero, por otro, expresa cómo se siente como una especie de extraña en el mundo donde nadie logra entenderla por completo:

Qué imposible es repartir el tiempo entre estas dos corrientes: lo social y lo intelectual. Y conste que lo social me interesa por el mero hecho de que no puedo volverle la espalda. Tal vez sea una ventaja que no pueda hacerlo porque, si pudiera, me aislaría hasta olvidar que hay mundo (Chacel, 1994: 75).

A pesar de que es una obra escrita en el exilio, las referencias a esa experiencia son escasas, por no decir inexistentes. Sí vemos en ella las dificultades por las que pasó y que comparte con otros exiliados: problemas económicos, dificultad de publicación, problemas con el idioma... Sin embargo, España apenas es mencionada y, cuando lo hace, es para hablar sobre algún aspecto literario o para algún otro tipo de comentario al respecto alejado del conflicto por el cual ella no puede estar allí, es decir, ignorando las circunstancias que hicieron que ella acabase en Río de Janeiro: «Seis meses en España: ni un comentario, ni una letra» (Chacel, 1994: 275). A pesar del tiempo que está allí en 1962 no dice nada más que eso al respecto antes de comenzar a hablar sobre su posterior estancia en París y, en cuanto a comentarios acerca de la guerra, podríamos destacar uno que hace el 12 de noviembre de 1961, cuando acaba de dejar Nueva York, mientras lee a su mentor Ortega: «Da miedo pensar que un hecho espiritual de tal importancia, como fue la regeneración de España por Ortega, fuese interrumpido y frustrado por ametralladoras. ¿Es posible reanudarlos o nos harán callar por el mismo procedimiento, si lo intentamos?» (Chacel, 1994: 271). A pesar de que Chacel no era la clase de escritora que se involucraba de lleno en cuestiones políticas de cualquier índole, esto no significa que no se diese

cuenta de la situación ni de cómo la represión acabó con mucho de lo que se estaba construyendo por aquel entonces.

En cuanto a esa primera estancia en España en 1962, ella misma se arrepiente más tarde de no haber dicho nada al respecto:

Hice mal en no escribir aquí nada: eso, por lo menos, habría quedado. Pero ¡fue tan horroroso aquello! Y lo más grande es que saqué el convencimiento de que tengo que volver. Sin la menor esperanza, por supuesto, de que la segunda vez resulte mejor (Chacel, 1994: 75).

No es la primera vez a lo largo de *Alcancía* que Chacel deja un tema sin acabar o promete hablar de ello más tarde, sobre todo en cuestiones relacionadas con Timoteo y algunos problemas que tienen dentro del matrimonio. En muchas ocasiones, esta ausencia de información se debe a la desmotivación de Chacel para hablar de ello, a su voluntad de ignorarlo, ya que la acción de escribirlo significaría inmortalizarlo, y es algo que no desea con aspectos como los ya mencionados, y ella, consciente de esto, afirma: «En este diario no hay ni una sola falsedad, ni un solo adorno ni un solo artificio, pero hay muchas omisiones» (Chacel, 1982: 34).

Alcancía, ida finaliza el 3 de junio de 1966 y Chacel no retoma el relato hasta el 2 de enero de 1967 en *Alcancía, vuelta*. Dicha ausencia de relato se debe a que Chacel estaba atravesando una de las peores etapas de su vida: los problemas económicos eran más acuciantes que nunca, hasta el punto de que el negocio de su hijo pasaba por un periodo de crisis que amenazaba con la quiebra. Este tema se reanuda en *Alcancía, vuelta*, donde Chacel expone cómo su hijo se ha casado a pesar de no tener dinero para formar una familia y es por eso por lo que ahora Carlos y su nueva mujer están viviendo con ella y Timo.

El tono, con respecto al ya mencionado en *Alcancía, ida*, no varía: desesperación, desánimo, falta de confianza en sí misma: «Sin fuerzas ni ganas» (Chacel, 1982: 52). La vida para Chacel nunca ha sido fácil, y en esos primeros años narrados en *Alcancía, vuelta*, se expresa constantemente en forma de quejidos y de lamentos donde afirma no poder más.

Un aspecto realmente curioso en esta segunda parte de los diarios es que Chacel por fin parece estar encontrando el sentido al diario o, al menos, ve las posibilidades futuras que pueda tener: «Este cuaderno va teniendo cada vez más carácter de testamento y no sé

en qué manos ponerlo» (Chacel, 1982: 23). Y es que, a pesar de que se diferencia mucho de lo que veremos posteriormente en Zambrano, esta visión del exilio desde la perspectiva de Chacel sirve para comprobar que no todo se resumía en ser el exiliado en el mundo, sino ser una persona cualquiera a la que, por circunstancias de la vida, le había tocado esa carta de jugar lejos del hogar de origen, asumiendo las cargas que eso conllevaba y los problemas que uno tendría que afrontar.

Chacel no ignora la realidad del exilio, es un hecho que se observa claramente en sus diarios, pero es una mujer que parece haber tomado la opción de no hablar de España de la misma forma que otros lo hicieron. Sí, hay decepción hacia el país, hacia todo lo ocurrido, al igual que pena por el hogar que ella amaba y amó durante todos esos años en la lejanía. Su queja constante hacia Río, hacia Nueva York en su momento y hacia su vida como exiliada son formas de desahogo ante una situación en la que solo hay una salida: sobrevivir.

Retomando de nuevo la cuestión del tono utilizado a lo largo de los dos diarios, es de vital importancia el cambio que se produce en 1971, cuando sus obras comienzan a publicarse a mayor escala y consigue un considerable reconocimiento en España. Su forma de hablar cambia al darse cuenta de que su obra está comenzando a tener el reconocimiento que ella merece creer: «Ahora aparece esto, esta situación que cualquiera consideraría placentera, mi realización -llamémoslo éxito- personal y para el goce de este placer echo de menos la compañía» (Chacel, 1982: 250). Sin embargo, esto le provoca sentimientos contradictorios: por un lado, le anima dicho reconocimiento, y esto hace que se dedique con mayor ahínco a la escritura debido, en gran parte, a que Chacel nunca fue un ser sociable por naturaleza y la ausencia de momentos para sí misma provocan en ella una sensación de agobio: «Las dificultades de soledad y de silencio (hace un momento me quejaba de la soledad; ahora me quejo de la falta de soledad). No hay contradicción, no; las dos cosas son simultaneas» (Chacel, 1982: 253).

Por último, un detalle curioso es que, ya en España, surge en ella un sentimiento de añoranza hacia Río de Janeiro a pesar de que nunca había hablado excesivamente bien de la ciudad: «De lo único que tengo ganas es de estar allá. También tengo ganas de trabajar, pero como trabajaba allá, en otros tiempos, sin ocuparme del éxito ni del resultado económico» (Chacel, 1982: 364).

En definitiva, los dos tomos que plasman las vivencias de Rosa Chacel durante el exilio reflejan la sensación de desarraigo por la pérdida de su patria, su familia y sus amigos. Además, la falta de estabilidad y seguridad financiera, así como la constante preocupación por el futuro, se suman al estrés y la ansiedad del exilio. A pesar de las circunstancias, el exilio puede servir como un potenciador de la creatividad, ya que Chacel continuó escribiendo y trabajando en su arte. Sus diarios contienen reflexiones sobre su proceso creativo y sus proyectos literarios, y también documentan su participación en eventos culturales y literarios, por no hablar del hecho de que encontró nuevas oportunidades de publicar sus obras en otros países. Por último, Chacel expresa la sensación de ser una extranjera en todos los lugares donde vivió en el exilio. Esta sensación de alienación se ve agravada por la dificultad para comunicarse en otro idioma y por la falta de una comunidad de personas que compartan su lengua y su cultura.

En resumen, los diarios de Rosa Chacel destilan una gran riqueza emocional y psicológica. La autora se dirige con honestidad y a veces crueldad hacia sí misma, lo que se traduce en textos que reflejan su dolor y su soledad, pero también su vitalidad y sus sentimientos, aunque en ocasiones intente ocultarlos. Ofrecen una visión significativa de las experiencias y emociones que acompañan la vida lejos de España. Estos diarios documentan las dificultades y los desafíos del exilio, pero también revelan la capacidad de las personas para encontrar oportunidades y seguir creando a pesar de la adversidad.

5.2. María Zambrano antes y después del exilio

María Zambrano nació en 1904 en el seno de una familia en la que ambos padres ejercían como docentes: Blas José Zambrano y Araceli Alarcón, lo que le brindó la oportunidad, desde muy temprana edad, de estar en contacto con el mundo artístico y cultural, gracias a la influencia de estos. Debido a que su padre participó activamente en movimientos liberales y anarquistas, Zambrano se identificó desde joven con una serie de valores ideológicos que marcarían su trayectoria vital. Sin embargo, con la llegada de la dictadura franquista, la situación se volvió insostenible para ella, convirtiéndose en objeto de persecución y viéndose obligada a abandonar España.

Cinco años después de la aprobación de la Ley de Educación de 1910, María Zambrano comenzó sus estudios de secundaria a la edad de once años, siendo así una de las pocas mujeres que se formaban en ese momento.

Miguel Pizarro Zambrano fue el primer amor de la escritora. A través de Miguel, María entró en contacto con intelectuales importantes como Federico García Lorca o Jorge Guillén, quienes la introdujeron en el mundo de la literatura y le presentaron a Rosa Chacel. A pesar de que su relación con Miguel no terminó en matrimonio, María siempre lo consideraría como una figura importante en su vida, ya que la ayudó a entender el componente artístico de la literatura frente al filosófico, que había adquirido de su padre.

La entrada de María Zambrano en la Universidad Central de Madrid y su vida en la Residencia de Señoritas marcó el comienzo de su trayectoria académica, aunque al principio tuvo que matricularse a distancia. En 1926, Zambrano regresa a Madrid con su familia y se inscribe en un programa de doctorado en filosofía presencial, lo que le permite interactuar directamente con el mundo académico español por primera vez en su vida. Durante su doctorado, conoce a Ortega y Gasset, quien se convierte en su maestro y una influencia importante en su pensamiento futuro. Aunque se dice que es la mejor estudiante de Ortega y Gasset, Zambrano nunca se declaró orteguiana, sino más bien una seguidora de su pensamiento, a través del cual creó su propia corriente.

Es indudable que Ortega y Gasset tuvo un papel fundamental en la formación de María Zambrano, ya que gracias a él comenzó a participar en las tertulias organizadas por la *Revista de Occidente*, donde conoció en persona a Rosa Chacel, así como a otras figuras importantes de las Sinsombrero como Concha Méndez y Maruja Mallo. La influencia de Ortega en su obra es fundamental, pero ella «nunca fue orteguiana, como bien recordaba años más tarde [...]: “No, orteguiana no, porque si fuese orteguiana no sería discípula, sería una secuaz, que no discípula, lo contrario de ser discípulo”» (Balló, 2016: 154).

En 1928, Zambrano comienza a participar en la Federación Universitaria Escolar (FUE), donde se organizó un encuentro de intelectuales como Ramón del Valle-Inclán, Ramón Pérez de Ayala, Manuel Azaña y Gregorio Marañón, entre otros. Este encuentro dio lugar a la creación de la Liga de Educación Social, encabezada por Pérez de Ayala. María Zambrano se convirtió en la única mujer en la junta directiva, pero, debido a la falta de recursos económicos en su familia, tuvo que trabajar como profesora de filosofía en la Escuela Normal mientras colaboraba en la FUE. Sin embargo, una tuberculosis retrasó sus proyectos durante unos meses.

Durante el periodo republicano, María colaboró en la revista *Hoja Literaria* y publicó artículos como «De nuevo, el mundo». También redactó el Manifiesto del Frente

Español (FE), lo que resultó ser uno de sus mayores errores, ya que un grupo clandestino con ideologías fascistas había adoptado las mismas iniciales y ella fue erróneamente considerada defensora del movimiento falangista. Su trabajo en las Misiones Pedagógicas² de 1931 a 1935 fue de vital importancia, pero desafortunadamente se vio truncado por la Guerra Civil y sus consecuencias.

Estamos en medio de la Guerra Civil y el bando republicano lucha por sus libertades. En este contexto, la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura crea un manifiesto que es firmado por Zambrano junto con otros compañeros. Durante los años siguientes, que están marcados por la guerra, vemos a una mujer luchando con todas las armas a su disposición a favor de la causa republicana. Sin embargo, tras la derrota en 1939, su familia es expulsada de España, como les sucede a muchos otros españoles. En primer lugar, se dirigen a París, aunque su estancia allí solo dura un mes antes de partir hacia México y, posteriormente, Cuba, donde comienza un exilio que no finalizará oficialmente hasta su regreso en 1984.

María Zambrano mantuvo una intensa actividad intelectual durante los años que vivió en el extranjero escribiendo numerosos ensayos y artículos que reflejaban su compromiso con la democracia y la libertad. También participó activamente en la defensa de la cultura y la lengua españolas, lo que le valió el reconocimiento de muchos exiliados españoles.

La experiencia en el exilio tuvo un impacto significativo en la obra de María Zambrano, la cual se distingue por su compromiso con la libertad y la justicia social, así como como por su exploración de temas como la identidad, la memoria y la nostalgia. A través de sus escritos, Zambrano reflexiona sobre la compleja relación entre el individuo y la sociedad, destacando la importancia de la solidaridad y el diálogo en la construcción de una sociedad más justa y humana.

El exilio constituyó una experiencia traumática para María Zambrano, quien experimentó el dolor de perder su patria y separarse de sus seres queridos. En su obra, ella aborda la situación desde diversas perspectivas, explorando tanto el sufrimiento y la angustia que emergen de la separación de su tierra natal como las posibilidades de descubrir nuevos horizontes y experiencias en la vida. Esta vivencia dejó una profunda huella en la

² Cabe destacar lo importante que fue su presencia en las Misiones Pedagógicas, ya que en aquel entonces «de los 75 miembros registrados en 1932, tan solo diez eran mujeres» (Tiana Ferrer, 2016: 123).

autora, debido en mayor medida a las diversas adversidades que afrontó en su tránsito de un país a otro, así como las dificultades económicas que compartió junto a su hermana Araceli. Cabe mencionar que, durante su estancia en Francia, Araceli fue detenida por la Gestapo y sometida a torturas en un intento de obtener información sobre el paradero de su pareja (Balló, 2016).

Delirio y destino: Los veinte años de una española fue escrita en La Habana en 1952, aunque no llegó a publicarse hasta 1989, año en el que Zambrano ya estaba de vuelta en España. En este libro, Zambrano aborda cómo la nostalgia es una de las consecuencias del exilio. La nostalgia es la añoranza de la patria perdida, la lengua materna, las costumbres y la cultura. Zambrano señala que la nostalgia es una forma de mantener vivo al exiliado, pero también puede ser una trampa que le impida adaptarse a su nueva situación.

En general, *Delirio y destino* es una obra que no solo reflexiona sobre el exilio de una manera profunda y sensible, sino que también hace alusión a todos los años anteriores a través de una narración en tercera persona. Zambrano utiliza su propia experiencia de exilio para analizar sus consecuencias psicológicas y emocionales, pero también para ofrecer una visión esperanzadora de este como una oportunidad para el crecimiento personal y la transformación. Si bien la narración abarca hasta el instante en el que Zambrano se va de España, ya encontramos en ella la primera referencia a la noción del exilio: «Y era como sentirse otra vez en vías de nacer a través de aquella agonía inédita [...] Vivir era eso: morir de muertes distintas antes de morir de la manera única, total que las resumen todas...» (Zambrano, 1998: 252).

La angustia de la situación es evocada por Zambrano con un tono desgarrador y comprensivo, y recuerda tanto a los que tuvieron que marcharse como a los que se quedaron:

Y años más tarde el destierro, los suicidas, aquel que la detuvo en el umbral de la muerte, su médico hermano que se había arrancado tan lejos desprendiéndose de la que más quería y, al regresar, al querer reintegrarse al mundo de Occidente y a la vida normal del destierro, no pudo, se arrancó otra vez la vida ya para siempre. Y al que vio, día tras día, inclinado sobre las pruebas de imprenta, sobre los libros que había de traducir, ahorcado en un cuarto de hotel de una ciudad mexicana; y aquel otro escritor despeñado de la ventana de una pulcra universidad de Estados Unidos; y el otro, sí, y otros más, los suicidas del destierro, pertenecen casi todos a esta generación que

participó sólo para ofrecer, para ofrecerse, y la tortura sin fin, inimaginable, que había para los vencidos que quedaron dentro. Sí; os comprendo, os comprendo (Zambrano, 1998: 222).

Aquí Zambrano está enfatizando la idea de que la generación de exiliados españoles que ella conoció ofrecieron todo lo que tenían para luchar contra el régimen franquista, pero terminaron experimentando un sufrimiento inimaginable en el destierro. Estos exiliados sufrieron una «tortura sin fin», que era difícil de imaginar, incluso para aquellos que no estaban en su situación. Con su afirmación final, «os comprendo, os comprendo», Zambrano está tratando de demostrar su solidaridad con esta generación de exiliados y su comprensión del dolor y la angustia que sufrieron.

Por último, en *Delirio y destino* se encuentra presente el instante en el que el exiliado tiene que salir del país. A pesar de que esta obra fue escrita mucho antes que las otras dos, podemos apreciar ya en ella una idea respecto al exilio y a los sentimientos que genera que se mantendrá durante los siguientes años: «Y no era como otras veces; ahora, su casa había desaparecido y “aquellos”, su destino soñado, quedaba en suspenso, suspendido entre cielo y tierra o más allá. No podía saberlo, pues aún no se hacía cargo de la derrota» (Zambrano, 1998: 249). Muestra ese miedo hacia la incertidumbre del momento, como un ser que sabe que se ha quedado sin hogar y lo único que le queda es el día a día y la inseguridad hacia el futuro.

Adentrándonos ya en «Carta sobre el exilio», vemos una narración epistolar profundamente personal y de carácter reflexivo que sirve para abordar los efectos que el exilio ha tenido en el ser humano, basándose en la propia experiencia personal de la autora. En ella, Zambrano presenta una perspectiva única sobre el tema y comparte sus experiencias y pensamientos con una absoluta claridad.

Ya desde el inicio de la carta se puede observar una reflexión acerca del destinatario y de cómo este puede tener un efecto transformador en el silencio y la libertad del autor. Zambrano destaca que la presencia del destinatario, ya sea cercana o lejana, puede «deshielar el silencio» (Zambrano, 1961) que a veces puede envolver al autor, devolviéndolo a la vida y permitiéndole recuperar la palabra y la libertad. Según ella, el acto de escribir una carta puede ser una forma de confrontar nuestros miedos o enfrentarnos a situaciones difíciles a través del diálogo, incluso cuando ese diálogo es con alguien que no es necesariamente un aliado o un amigo.

En este sentido, la escritura de la carta es un mecanismo de liberación y autoexpresión, donde el destinatario se convierte en un catalizador para esta transformación. La carta no es solo un medio de comunicación, sino también un acto de coraje y resistencia que permite al autor romper con su silencio y recuperar su voz. A lo largo de la carta, María Zambrano reflexiona sobre la complejidad de la condición del exiliado y cómo se le atribuyen diferentes roles y máscaras según las perspectivas de los demás. Según Zambrano, el exiliado escribe una carta para expresar su verdad y, al hacerlo, puede sentirse juzgado y llamado a dar cuentas.

Escribe esta carta con un estilo que mezcla lo narrativo con lo filosófico, y donde intenta convertirse en la portavoz de los exiliados desde un punto de vista completamente personal ante lo que ella vivió en primera persona, por lo que hay en sus palabras una opinión crítica personal y colectiva a partes iguales. La cuestión del olvido es lo que la incita en primer lugar a escribir dicha carta. Indignado con su condición, puede que el exiliado se haya adaptado a vivir en el medio en el que se encuentra, pero sigue siendo un individuo al que le han arrebatado su hogar y que viaja a la deriva a la espera de recuperar lo que es suyo: «Si somos pasado, en verdad por ser memoria, memoria de lo que ha pasado en España» (Zambrano, 1961).

Zambrano destaca la variedad de perspectivas que se tienen sobre el exiliado, desde la simpatía hasta el desprecio, y cómo estas perspectivas pueden atribuirle diferentes roles, como el de héroe o salvador, o máscaras que no corresponden a su realidad. Zambrano describe la experiencia del exilio de la siguiente manera: «Pocas situaciones hay como la del exilio para que se presenten como en un rito iniciático las pruebas de la condición humana» (Zambrano, 1961).

Para Zambrano, el exiliado, debido a que asume la ambigüedad de la condición humana, es influenciado al mismo tiempo por las percepciones que los demás asumen de él. Zambrano explica cómo este se ve obligado a adoptar distintos roles en función de las expectativas que los demás esperan de él, lo que provoca, a su vez, la creación de máscaras que este adopta para satisfacer dichas necesidades:

Máscaras creadas por la situación del que encuentra en su camino al exiliado –pues el exiliado es siempre él, el encontrado y alguna vez descubierto–: o máscaras inventadas por algún conflicto de conciencia, por algún inconfesado remordimiento o por algún

pánico de los que acometen al que no ha perdido su herencia, al que tiene un “estar” (Zambrano, 1961).

En otro momento escribe: «Ir respondiendo desde cada una de esas máscaras sería para el exiliado volver a recorrer el camino ya hecho: el camino en el que, por extraño que parezca, no se ha ido cargando de razón, sino despojándose de sinrazón, que no es lo mismo» (Zambrano, 1961). A partir de aquí encontramos ya una reflexión acerca de la carga que supone para el exiliado tener que responder a las diversas máscaras que los demás le han atribuido, lo que significaría volver a recorrer un camino ya hecho. En lugar de eso, el exiliado ha ido despojándose de sinrazones y hasta de razones, de voluntad y de proyectos. El silencio del exiliado, que no se ha justificado ante los demás, muestra que ha seguido otra vía, la de ir despojándose cada vez más para quedarse desnudo y desencarnado. Zambrano afirma que este proceso no es fácil, pues la vía de la justificación es la que inmediatamente se abre como salida de la ambigüedad, pero esta vía triunfal no es la que ha seguido el exiliado.

El exiliado está moviéndose sin poder apenas actuar, como el que mora al par en una cueva, como el que nace, y en el desierto, como el que va a morir. Es una situación difícil, ya que el exiliado vive en el mundo pero sin lugar en él, sin poder acabar de estar, algo tan necesario.

María Zambrano describe cómo el exiliado no se define por su heroísmo pasado y cómo el exilio lo despoja de todo, dejándolo reducido a la verdad de su ser, lo que se acerca a la inocencia. La autora destaca que nadie comprende al exiliado y su actitud, ya que su condición lo lleva a esperar el momento adecuado para remitir algo precioso que sólo él tiene. Zambrano concluye que el exiliado parece haberse salido de la historia y estar en su orilla, como si fuera el pasado que se ha quedado quieto, puro presente.

En palabras de Zambrano, el exiliado «se va quedando reducido a... lo irreductible: a la verdad de su ser, de su-ser-así, despojado de todo, de razón y de justificación» y «esto es lo más cercano a la inocencia» (Zambrano, 1961). Por otro lado, «nadie o casi nadie entiende –ni él mismo, en principio– que se haya reducido a eso que por acercarse tanto a la inocencia viene a ser casi invisible, como el 'Niño de Vallecas' de Velázquez» (Zambrano, 1961). Finalmente, «el exiliado parece haberse salido de la historia y está en su orilla. Y eso, la impresión que produce, es la de ser lo pasado; un pasado que se ha quedado quieto, que es pura presencia» (Zambrano, 1961).

Zambrano también incluye en su «Carta» una reflexión sobre la condición del exilio y la actitud de aquellos que llaman al exiliado a volver a su patria. En la primera parte, describe la sensación y la compara con estar en un lugar que no lo envuelve ni lo sostiene, y cómo, para llegar a ese estado, es necesario pasar por muchos interrogatorios sin respuesta y abandonos mortales. En la segunda parte, señala un cambio en la actitud hacia el exiliado, que pasa de ser extrañado y echado de menos a ser instado a salir del exilio y volver a su patria.

Destaca también la importancia de aquellos que conocieron la Guerra Civil en su infancia en la determinación del destino de España:

La suerte y destino de España deben estar y estarán determinados solo por la acción y aun por el pensamiento de ellos, los que están en España. Y muy especialmente por los que conocieron la guerra civil en su infancia, es decir, por quienes la recuerdan como algo hermoso, horrendo, como fuera, pero algo extraordinario y natural a un tiempo, que los envolvía como un sueño (Zambrano, 1961).

Es decir, a pesar de que los exiliados tuvieron que marchar del país por cuestiones políticas e ideológicas y que eso supone en sí una verdadera desgracia, también hay que tener en consideración a aquellos que ni siquiera tuvieron esa oportunidad y que en ese momento se ven obligados a vivir en un país que no está acorde con sus pensamientos.

La autora también menciona que el exiliado ya no está en el exilio, sino que está «por ahí» (Zambrano, 1961), en un lugar desconocido. Esto sugiere que, aunque se encuentre físicamente lejos de su patria, todavía puede tener un impacto en ella, incluso si es solo a través de su pensamiento y su recuerdo de su país de origen

En cuanto a *Los bienaventurados*, obra publicada en 1990 y escrita durante sus últimos años de exilio, supone un análisis desde un punto de vista filosófico acerca de la figura del exiliado y de la condición de este a través de su propio pensamiento y experiencia. En el caso de esta obra, nos encontramos ya ante una mujer que ha vivido y sabe cuál es el desenlace, y expone con mucha más profundidad la figura del exiliado:

Comienza la iniciación al exilio cuando comienza el abandono, el sentirse abandonado; lo que al refugiado no le sucede ni al desterrado tampoco. [...] Y en el destierro se siente sin tierra, la suya, y sin otra ajena que pueda sustituirla. [...] El encontrarse en el destierro no hace sentir el exilio, sino ante todo la expulsión (Zambrano, 2004: 31-32).

La autora sostiene que el exiliado se encuentra en una situación de revelación constante, aunque no siempre sea consciente de ello. El exilio es objeto de visión y escándalo, y el exiliado se convierte en un objeto de mirada antes que de conocimiento. A medida que él camina fuera de su patria y su casa, se convierte en un regalo para aquellos que se quedaron fuera, y su visión promete mostrar a aquellos que nunca se desprendieron de sus raíces cómo verse a sí mismos sin haber sido arrancados de ellas.

Zambrano escribe varios capítulos, cada uno con distintos títulos que se corresponden con aspectos diferentes del exiliado, para hacer una definición completa acerca de este personaje del que tanto ha hablado a lo largo de los años y del que tanta experiencia personal tiene.

Así, en «Ser exiliado», Zambrano utiliza la figura de Cronos, el titán que poseía el poder del tiempo y, a través de la metáfora, explica como el exiliado es devorado por el tiempo en el sentido de que su paso significa el olvido de este: «Es el devorado, devorado por la historia. [...] Mas nunca se logra, pues que el tiempo, ambiguo dios de imprevisibles efectos, está detrás siempre en acecho y ríe, o peor aún: sonrío» (Zambrano, 2004: 33-34). No solo es la víctima del tiempo, sino también un desconocido: «El exiliado es el que más se asemeja al desconocido, el que llega, a fuerza de apurar su condición [...] Y de eso le caracteriza más que nada: no tener lugar en el mundo, ni geográfico, ni social ni político [...] No ser nadie, ni un mendigo: no ser nada» (Zambrano, 2004: 35-36). Es decir, el exiliado es despojado de toda identidad con respecto a su pueblo en el instante en el que se marcha de su patria, dejándolo únicamente con la lengua, el mecanismo práctico de cualquier sociedad, el instrumento que muchos artistas utilizaron a la hora de narrar sus respectivas experiencias.

En «La sequedad. El llanto» se relaciona el exilio con un desierto sin fin, en el sentido de que es una experiencia en la que se vaga sin rumbo fijo, a la espera de encontrar un sitio ideal donde al fin pueda tener el exiliado esa sensación de paz, aunque no parezca real al principio. Para salir con vida de esta situación, Zambrano expone lo siguiente:

Para no perderse, enajenarse, en el desierto hay que encerrar dentro de sí el desierto. Hay que adentrar, interiorizar el desierto en el alma, en la mente, en los sentidos mismos, aguzando el oído en detrimento de la vista para evitar los espejismos y escuchar las voces (Zambrano, 2004: 41).

Porque eso es el exilio: una pérdida en el desierto donde no hay que dejarse engañar por lo que la imaginación pueda crear, teniendo presente en todo momento que nunca se ha dejado atrás la condición de exiliado y que lo ocurrido es una desgracia, para así poder ver la realidad que lo rodea y entenderla como lo que es: un abandono de la patria. La metáfora es un recurso recurrente en *Los bienaventurados* para explicar lo que hay en su mente, su visión de la vida: el exilio como desierto, la historia de España como un sinfín de escombros donde nada puede encontrarse, el exiliado como un héroe sin capa y sin reconocimiento. La mayor parte de las veces estas metáforas dan a entender la fatalidad de dicho destino, pero en el exilio también hay cosas buenas que Zambrano no deja al margen: «El exilio es el lugar privilegiado para que la Patria se descubra, para que ella misma se descubra cuando ya el exiliado ha dejado de buscarla» (Zambrano, 2004: 42-43). Es decir, que el exiliado exista es algo bueno en el sentido de que en él quedan los resquicios de una patria reducida a escombros, el superviviente de una tragedia que tiene en su memoria los instrumentos necesarios para devolver la vida a España.

Cada una de estas obras muestra una etapa diferente de la experiencia del exilio. *Delirio y destino* se corresponde con el inicio de este periodo, donde la visión del personaje (el exiliado) se muestra confusa y con una incertidumbre hacia su futuro. En «Carta sobre el exilio» la visión de esta experiencia se muestra mucho más presente dentro del propio momento del destierro, por lo que los sentimientos que se ven entonces son aquellos relacionados con la sensación de abandono, la ausencia de un pueblo como sinónimo de sociedad a la que uno pertenece, el pesar por la condición en la que se encuentra España... En cuanto a *Los bienaventurados*, el asunto se aborda desde una perspectiva filosófica ya narrado *a posteriori*, una vez que la autora ha vuelto a España, con la intención de dejar constancia de lo que significa ser exiliado y de lo que supone vivir bajo esa condición.

6. La trayectoria literaria de Zambrano y Chacel tras su vuelta a España

La muerte de Franco en 1975 significó el fin de la dictadura y el inicio de la transición, una nueva época en la historia del país que supuso, como todos los acontecimientos anteriores, una serie de cambios que afectaron tanto a los que vivieron durante todos aquellos años en España como a los exiliados.

Durante la etapa de la transición democrática (1975-1982), la narrativa española intentó alejarse de cualquier referencia a los hechos acaecidos durante la Guerra Civil y

la dictadura. Sin embargo, este rechazo desapareció y surgió pronto un interés por revisar el pasado desde un punto de vista más objetivo y distanciado:

Los escritores de la narrativa española de los últimos veinte años del siglo XX, por diversas razones y de diversas formas reviven estas experiencias. El color, los odios, el exilio, la represión constituyen temas frecuentes en las conversaciones españolas y los textos literarios no escapan a esas memorias (Muñoz, 2007: 112).

Por otro lado, la llegada de la transición democrática supone el regreso definitivo de los exiliados. Durante estos años, se dan a conocer las obras escritas por ellos durante su vida fuera de España, tal y como se puede observar en Rosa Chacel, que ve como su obra es finalmente reconocida y como su nombre adquiere importancia dentro de los círculos culturales españoles (aspecto ya comentado en *Alcancía, vuelta*). Chacel alterna su vida entre Río de Janeiro y España y, a partir de 1973, sus viajes al país se hacen mucho más frecuentes cuando recibe una beca de la Fundación Juan March con la que debía terminar *Barrio de las Maravillas*, publicado en 1976. Es en 1977 cuando se muda oficialmente a España tras la muerte de su marido, Timoteo Pérez, aunque Río de Janeiro será un lugar que nunca abandona del todo debido a que su hijo Carlos continúa su vida allí.

Este redescubrimiento de autores olvidados en el exilio ofrece la oportunidad de publicar muchas de esas obras escritas en el extranjero que, debido a la censura impuesta por Franco, no tuvieron la ocasión de ver la luz de manera legal en España hasta entonces. Chacel se ve afectada por este fenómeno: en 1971 se publica *La confesión* y un año más tarde *Saturnal*, junto con *Desde el amanecer*, donde relata los primeros diez años de su vida; en 1980 publica *Timoteo Pérez Rubio y sus retratos de jardín* en honor a su esposo ya fallecido.

En cuanto a los premios que recibe a la vuelta a España, tenemos en 1976 el Premio de la Crítica, en 1987 el Premio Nacional de las Letras y en 1990 el Premio Castilla y León de las Letras. Además de estos reconocimientos, en 1989 es nombrada Doctora *Honoris Causa* por la Universidad de Valladolid y en 1993 recibe la Medalla de Oro al mérito en las Bellas Artes.

La vuelta de María Zambrano pasó por un proceso muy diferente al de Rosa Chacel. Si bien es cierto que su nombre comenzó a resonar de nuevo en los círculos españoles antes de la muerte de Franco gracias, sobre todo, a “Los sueños de María Zambrano”,

artículo publicado en la *Revista de Occidente* en 1966 por José Luis López Aranguren, su vuelta a España tarda mucho más en llegar que su reconocimiento en el país, pues no regresa hasta 1984 debido a los problemas de salud que por aquel entonces atravesaba.

A pesar de la edad y de la mala salud que apenas le permitían salir de Madrid (ciudad en la que se instaló), María Zambrano no dejó de escribir ni de recibir premios y menciones por su labor: en 1981 recibe el Premio Príncipe de Asturias y en 1988 el Premio Cervantes, convirtiéndose así en la primera mujer en obtener este galardón. Un año antes había inaugurado una fundación que lleva su nombre, cuyo objetivo era el de formular y difundir su forma de pensar. En 1989 se publica por fin *Delirio y destino*, y lleva a cabo durante sus últimos años una labor de mantenimiento de su legado con el fin de que, de forma póstuma, todo su trabajo siga sirviendo a las siguientes generaciones. Junto con todos estos premios, Zambrano fue reconocida como Doctora *Honoris Causa* por la Universidad de Málaga y nombrada Hija Predilecta de Andalucía en 1985 e Hija Predilecta de Málaga en 2002 (reconocimiento que recibe ya de forma póstuma, debido a que fallece el 6 de febrero de 1991).

A diferencia de lo que ocurre con Rosa Chacel, para quien la vuelta a España supone el reconocimiento de su obra, en María Zambrano el reconocimiento que obtiene ya se puede observar mucho antes de su regreso a España y su labor ya dentro del país tiene mucho más que ver con una reelaboración de sus obras.

7. Conclusiones

A lo largo de este trabajo se ha querido aportar un análisis de la perspectiva que, sobre el exilio, ofrecieron dos autoras de tal calibre como Rosa Chacel y María Zambrano. No solo se trata de hablar de cómo fueron sus vidas en el extranjero, sino también de cómo las circunstancias históricas (la Guerra Civil y la posterior dictadura) provocaron que sus vidas no siguiesen el rumbo que, en otras circunstancias, hubiese hecho de sus trayectorias una historia muy diferente.

Como ya se ha mencionado anteriormente, lo más característico que tienen en común ambas mujeres es su mentor: Ortega y Gasset, quien influyó en sus estilos y en sus obras de una forma u otra. A pesar de que sus caminos fueron muy similares y vivieron muchas situaciones parecidas durante el exilio, cada una de ellas contribuye al testimonio del exilio desde una perspectiva única. Sin embargo, ambas sirven para comprender lo que fue el exilio. En primer lugar, tenemos una perspectiva más cotidiana con Rosa Chacel y, en segundo lugar, obtenemos una visión más amplia con María Zambrano, quien se ve en la necesidad de dejar un testimonio escrito de la vivencia colectiva de toda una generación entera que compartió un mismo destino.

Todos los títulos analizados en el trabajo (*Alcancía*, *Delirio y destino*, *Los bienaventurados* y «Carta sobre el exilio») son testimonios del suceso que afectó a una gran cantidad de españoles, aunque no compartan estructura, lenguaje ni sentimientos similares. Mientras que Chacel refleja en su obra literaria su experiencia de exiliada (no se define como tal en ningún momento de los diarios, pero sí que admite estar destinada a vivir lejos de España), aborda también temas como la identidad, la creatividad y la libertad individual. Chacel adoptó un enfoque más personal y subjetivo en sus escritos sobre el exilio, en los que destaca su sentimiento de desarraigo y su lucha por mantener su identidad cultural y artística. María Zambrano, por otro lado, se enfocó más en la dimensión política y social del exilio español.

En cuanto a la cuestión del olvido de todas estas mujeres, no se puede negar el hecho de que la historia ha sido injusta con todas ellas, no solo con Zambrano y Chacel. Este olvido refleja la persistencia de la desigualdad de género y la exclusión de las mujeres de la historia oficial y la cultura. La recuperación de su legado y su reconocimiento son necesarios para comprender la historia de España en su totalidad y para avanzar hacia una sociedad más igualitaria y justa.

8. Bibliografía

- ALTED, A. (1997). «El exilio republicano español de 1939 desde una perspectiva de las mujeres». *Arenal*, 4-2, pp. 223-238. Disponible en: <https://revistaseug.ugr.es/index.php/arenal/article/download/22622/21230>
- BALAGUER GARCÍA, E. (2018). «La Generación del 14. España ante su Modernidad inacabada», en *La Torre del Virrey. Revista de Estudios Culturales* 1(22), pp. 238-243. Disponible en: <https://revista.latorredelvirrey.es/LTV/article/view/170>
- BALLÓ, T. (2016). *Las Sinsombrero. Sin ellas, la historia no está completa* (11.^a ed.). Barcelona: Espasa.
- BALLÓ, T. (2018). *Las Sinsombrero 2. Ocultas e impecables*. Barcelona: Espasa.
- BALLÓ, T. (2022). *No quiero olvidar todo lo que sé. Las Sinsombrero 3*. Barcelona: Espasa.
- BENHAMAMOUCHE, F. (2003). «Historia de la literatura española a principios del siglo XX» en *Actas del Taller «Literaturas Hispánicas y ELE»*. Instituto Cervantes de Orán, pp. 7-26. Disponible en: https://cvc.cervantes.es/ensenanza/biblioteca_ele/publicaciones_centros/PDF/oran_2009/02_benhamamouche.pdf
- BIANCO, S. (2018). «Las Sinsombrero: Mujeres olvidadas de la Generación del 27». En Romano, Y. y Velázquez, S. (coords.). *Las inéditas: voces más allá del silencio*. Universidad de Salamanca, pp. 21-34. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7097878>
- CALVO SEBASTIÁN, M. (1994). «Rosa Chacel y María Zambrano: *La confesión*». En *Actas del congreso en homenaje a Rosa Chacel: ponencias y comunicaciones*. Universidad de La Rioja, pp. 121-132.
- CÁRCAMO, S. (2015). «Intimidad y “exilio menor” en los diarios de Rosa Chacel». *Cara-col* 10, pp. 78-97.
- CHACEL, R. (1982). *Alcancía: vuelta*. Barcelona: Seix Barral.
- CHACEL, R. (1994). *Alcancía: ida*. Barcelona: Plaza Janés.
- CORDERO GAMBOA, L. (2021). «Afinidades entre Rosa Chacel y María Zambrano: entrevista a Carmen Revilla Guzmán». *Boletín GEC*, (28), pp. 133-143. Disponible en: <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs/index.php/boletingec/article/view/5239/4270>

- DE RIQUER, B. (2010). «La Dictadura de Franco», en Fontana, J. y Villares, R. (Dir.) *Historia de España* (Vol. 9). Barcelona: Crítica, Marcial Pons, pp. 1-26. Disponible en: https://static0planetadelibroscom.cdnstatics.com/libros_contenido_extra/48/47604_La_dictadura_de_Franco.pdf
- GARRIDO ALARCÓN, E. (2011). «Recorrer esta distancia. Notas sobre el exilio». *Revista de Filología Románica*, (7), pp. 9-17. Disponible en: <https://pdfs.semanticscholar.org/bf31/8f60cd32fea2278e58cece8ba2b6778a41e0.pdf>
- GIORDANO, A. (2012) «Un *rapport* de la interrupción. Sobre los diarios de Rosa Chacel». *Zama. Revista del Instituto de Literatura Hispanoamericana*, (4), pp. 147-156. Disponible en: <https://doi.org/10.34096/zama.a4.n4.625>
- HIDALGO NÁCHER, M. (2014). «El habla del exilio de María Zambrano». *Revista de Estudios sobre los Exilios Culturales Españoles* (16), pp. 106-115. Disponible en: <http://hdl.handle.net/2445/125335>
- HOUVENAGHEL, H. (2020). «La Construcción del yo en el Exilio: El público argentino de Rosa Chacel». *Romance Studies*, 38(2), pp. 80-92. Disponible en: <https://www.tandfonline.com/doi/pdf/10.1080/02639904.2020.1794602>
- MORÁN RODRÍGUEZ, C. (2006). «Rosa que no se agosta en tierra nueva. El esfuerzo por la continuidad en el exilio de Rosa Chacel», en Fernández Urtasun, R. y Ascunce Arrieta, J. (Eds.), *Ernestina de Champourcin: mujer y cultura en el siglo XX*, pp. 417-430. Disponible en: <http://uvadoc.uva.es/handle/10324/26289>
- MORÁN RODRÍGUEZ, C. (2014). «Un escritor argentino. Rosa Chacel, identidad en conflicto(s) y estrategias de inclusión». *Gramma*, 24(50), pp. 186-204. Disponible en: <http://p3.usal.edu.ar/index.php/gramma/article/viewFile/2197/2743>
- MUÑOZ, M. (2007). «Nostalgia, Guerra Civil y franquismo en la narrativa española de finales del siglo XX». *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*, pp. 111-123. Disponible en: <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/filyling/article/view/1743/1716>
- MUÑOZ LÓPEZ, P (2006). «Mujeres en la producción artística española del siglo XX». *Cuadernos de Historia Contemporánea* (28), pp. 97-117. Disponible en: <https://revistas.ucm.es/index.php/CHCO/article/download/CHCO0606110097A/6805>

- PARÍS, C. (2017). «Educación y cultura en la Segunda República», en Rodríguez, J., *La República y la cultura. Paz, guerra y exilio*. Madrid, 2009, pp. 253-260. Disponible en: <https://www.cervantesvirtual.com/obra/educacion-y-cultura-en-la-segunda-re-publica-849811/>
- REQUENA HIDALGO, C. (2003). «Los diarios de Rosa Chacel: Alcancías». *Revista de la Facultad de Filosofía y Humanidades*, Universidad de Chile (26). Disponible en: <https://cyberhumanitatis.uchile.cl/index.php/RCH/search?query=Los+diarios+de+Rosa+Chacel>
- SÁNCHEZ ZAPATERO, J. (2009). «La predisposición al testimonio en la literatura del exilio». *Tonos Digital. Revista Electrónica de Estudios Filológicos* (18), pp. 1-14. Disponible en: <http://www.tonosdigital.es/ojs/index.php/tonos/article/viewArticle/359>
- SAN SEGUNDO MANUEL, R. (2022). «La actividad bibliotecaria durante la Segunda República Española», en *I Congreso Universitario de Ciencias de la Documentación*, Madrid, pp. 515-524. Disponible en: <https://revistas.ucm.es/index.php/CDMU/issue/view/3244>
- TIANA FERRER, A. (2016). *Las Misiones Pedagógicas. Educación popular en la Segunda República*. Madrid: Catarata.
- TRAPENESE, E. (2015). «Rosa Chacel: entre circunstancias y voluntad». *Philobiblion: Revistas de Literaturas Hispánicas*, pp. 95-109. Disponible en: <https://hdl.handle.net/10486/671637>
- ZAMBRANO, M. (1961). «Carta sobre el exilio». *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* (49), pp. 65-70. Disponible en: <https://www.filosofia.org/hem/dep/clc/n49p065.htm>
- ZAMBRANO, M. (1998). *Delirio y destino: Los veinte años de una española*. Madrid: Centro de Estudios Ramón Areces.
- ZAMBRANO, M. (2004). *Los bienaventurados*. Madrid: Siruela.
- ZARAGOZA PELAYO, R. (2013). «Los intelectuales españoles y la Guerra Civil». *Historia Actual* (31), pp. 189-198. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/download/articulo/4278208.pdf>